

La UASD, la UCMM y el INTEC a veinte años de distancia: Un borrador para la discusión

Frank Moya Pons

Con el propósito de estimular el debate acerca de la universidad dominicana de hoy, a mí me gustaría, antes de comenzar, que ustedes me permitieran recordar en qué consistía nuestra educación superior hace apenas 20 años.

Recuerdo que comencé mis estudios universitarios en 1961, justo en el momento en que comenzaba a derrumbarse la Era de Trujillo. En esa época había sólo una universidad en el país con apenas 3,000 estudiantes concentrados en unas cuantas carreras tradicionales: Filosofía, Pedagogía y Derecho; Finanzas y Contabilidad; Medicina, Odontología, Farmacia y Laboratorio; Ingeniería, Agrimensura y Arquitectura. Si había más carreras en ese entonces, no me acuerdo; y lo cierto es que los estudiantes que tenían algunas inquietudes y querían estudiar algo más que eso, estaban condenados a seguir una de esas carreras y a esperar que la suerte algún día les permitiera salir del país a adquirir una especialidad que satisficiera su vocación.

La universidad era entonces un centro de transmisión de conocimientos tradicionales que eran útiles para operar dentro de una sociedad tradicional, más rural que urbana, más mercantil que industrial, con mucha movilidad social y ninguna democracia, con una cultura política autoritaria, con una escuela atrasada e igualmente autoritaria. La universidad era un lugar donde se transmitían varios paquetes de saberes convencionales e instrumentales para el manejo de la realidad material. Ninguno de esos saberes ni sus fundamentos eran cuestionados en lo más mínimo por profesores y estudiantes. La ciencia estaba simplemente ahí, creada y establecida en Europa y en Estados Unidos, sobre todo en Europa, y sus bases se consideraban incommovibles. Para los catedráticos y las autoridades universitarias de aquella

época el papel principal de la universidad consistía en repetir y explicar los libros de texto y tratar de que los estudiantes aprendieran a aplicar los métodos propios a cada disciplina y sus técnicas para que luego fuesen capaces de utilizarlos en el manejo de la realidad material.

La educación universitaria de hace apenas 20 años era sencillamente eso: una práctica pedagógica, no científica sino simplemente pedagógica, destinada a dotar de instrumentos de trabajo a los que pronto serían los profesionales del país. La universidad dominicana de finales de la Era de Trujillo no estaba orientada al quehacer científico y eso lo puedo demostrar de inmediato señalando que tras un análisis preliminar de todas las tesis que se han escrito en la universidad dominicana desde 1831 hasta 1961, hemos encontrado que más del 70 por ciento de ellas resultan ser plagios totales o parciales que los estudiantes preparaban, y todavía preparan, bajo la mirada bondadosa de sus profesores que entendían entonces que la realización de una tesis de grado era el equivalente a cumplir con un requisito innecesario de presentar un trabajo escrito al final de la carrera. En muy pocos casos los profesores exigían originalidad y calidad en la preparación de las tesis y los estudiantes mismos, por su parte, entendían que preparar la tesis equivalía a pasar unos cuantos días en la biblioteca copiando párrafos y capítulos y a veces hasta libros enteros acerca del tema que se escogía. La enseñanza universitaria de entonces estaba limitada a la simple repetición de los textos establecidos, aunque es justo reconocer que había algunos profesores inteligentes que se atrevían a introducir algunas innovaciones en sus clases. El estudiante asistía al salón de clases y allí escuchaba la cátedra magistral de unos profesores cuya sabiduría era incuestionable. Sólo en las carreras en las que había prácticas de laboratorio la relación alumno-profesor se hacía más directa y cercana y, en general, no las ofrecía el titular de la materia sino un monitor que era el encargado de estas tareas. El profesor era, generalmente, un ser distante y encopetado que asistía a sus clases con saco y corbata a cumplir con sus obligaciones docentes unas tres o seis horas a la semana, mientras ocupaba el resto de su tiempo en el desempeño de algún cargo público o en los trabajos de su consultorio o de su bufete privado. No había profesores de tiempo completo en la universidad en aquel entonces. Ser profesor universitario era desempeñar una posición de alto prestigio social y político que permitía producir algunos ingresos adicionales a los de la práctica profesional.

Se escribía poco en la universidad y se discutía mucho menos. La discusión era peligrosa y hasta podía ser considerada subversiva. El contenido mismo de las carreras dejaba poco espacio para la controversia académica y el énfasis de la enseñanza recaía en la aplicación de técnicas a la solución de problemas específicos a cada disciplina. La enseñanza universitaria, para decirlo de alguna manera, era una enseñanza instrumentalista y acrítica, desprovista de toda reflexión acerca de la sociedad dominicana y sus problemas.

Todo eso cambió de la noche a la mañana, a partir de octubre de 1961, cuando una rebelión de estudiantes se lanzó a las calles de la ciudad universitaria y empezó a recorrer edificio por edificio derribando más de 200 estatuas, bustos y retratos del Dictador Trujillo, reclamando el establecimiento de la autonomía y del fuero universitarios y demandando, al mismo tiempo, que se permitiera a los estudiantes y a los profesores organizarse en asociaciones corporativas para poder participar en el proceso de selección de profesores y en el gobierno mismo de la universidad. La universidad fue cerrada y volvió a abrirse en enero de 1962, con un estudiantado rebelde, extremadamente politizado y dispuesto a luchar a costa de la vida de sus miembros por la autonomía y el fuero universitarios. La lucha fue corta y sangrienta pero el desplome final del régimen trujillista con la expulsión del Presidente Balaguer y la instalación del Consejo de Estado facilitó el otorgamiento de la autonomía, el fuero universitarios y el establecimiento de un régimen de co-gobierno y participación estudiantil en medio de un proceso de rápida democratización de la vida política dominicana, en un año en el cual se celebraban las primeras elecciones libres de la República Dominicana en casi medio siglo.

La vieja universidad trujillista se convirtió en la nueva Universidad Autónoma de Santo Domingo. Los partidos políticos se asociaron con los grupos estudiantiles y utilizaban a éstos como fuerza de choque en las movilizaciones callejeras y en la lucha contra los gobiernos de esos años. Siguiendo una tradición muy extendida en América Latina, la universidad se convirtió en uno de los principales centros del quehacer político y los estudiantes llegaron en ocasiones a funcionar como verdaderas falanges de los partidos, con una capacidad de movilización nacional tan grande que en ocasiones lograba poner en peligro la estabilidad de los gobiernos.

El fermento revolucionario de América Latina y la reciente

experiencia de la Revolución Cubana, así como la llegada masiva de toneladas de nuevos libros y material de lectura y propaganda política conteniendo miles de ideas nuevas que reflejaban las ideologías sociales contemporáneas, generaron un fermento intelectual y político en el seno de la Universidad Autónoma de Santo Domingo que rápidamente se extendió a las escuelas secundarias y primarias del país y durante varios años el estudiantado fue una importante variable en el sistema político dominicano. Se llegó incluso a creer que los estudiantes podrían encabezar un proceso revolucionario y durante más de diez años la Universidad Autónoma vivió sometida a esta ilusión, especialmente después que un grupo de jóvenes estudiantes que habían regresado de Europa y que estaban asociados con los partidos de izquierda se incorporaron a la universidad como profesores, tras desplazar a los antiguos profesores trujillistas luego de un violento proceso de destrujillización.

Las diferencias entre la universidad trujillista y las universidades extranjeras y la especial coyuntura revolucionaria y universitaria latinoamericana, alimentaron lo que dio en llamarse en aquellos días el “movimiento renovador universitario”, que tenía como propósito lo que se llamaba entonces “la democratización de la enseñanza”, esto es la extinción de la universidad “cerrada”, “de élite”, y la apertura de las puertas de la universidad a todo aquel que hubiese terminado el bachillerato y que tuviese la intención de proseguir estudios superiores. El movimiento renovador triunfó y expulsó de la universidad a más de 200 profesores, sustituyéndolos por activistas políticos de partidos de izquierda y por algunos ex-estudiantes que habían participado activamente en el lado constitucionalista durante la guerra civil de 1965. El movimiento renovador triunfó por la violencia que logró institucionalizar en el seno de la universidad y por el interés del gobierno provisional de García Godoy de apaciguar ese foco de inquietudes que era la UASD para de esa manera ganar tiempo y lograr mantener un clima de paz que le permitiera organizar las elecciones generales de 1966 para poder transferir el mando pacíficamente. El resultado de esas elecciones es bien conocido, las ganó Joaquín Balaguer, el Presidente a quien los estudiantes habían contribuido a derrocar en enero de 1962 y el líder político que representaba en aquella época, a ojos del estudiantado y de los profesores revolucionarios, el retorno del trujillismo a la República Dominicana.

Entre 1966 y 1974 se vivió en el país en un estado de vio-

lencia permanente. La guerra civil continuó calladamente a lo largo de un oscuro proceso de terrorismo, en el cual casi diariamente perdían la vida policías y soldados y dirigentes de los partidos de izquierda. En este proceso la Universidad Autónoma de Santo Domingo jugó un papel crucial y muchos de los dirigentes estudiantiles, que también eran dirigentes políticos, perdieron la vida durante esos años junto con 3,000 dominicanos más que murieron asesinados por las fuerzas oscuras de los bandos contendientes.

En vista de la quiebra de las instituciones políticas y la incapacidad de los partidos para alternar en el juego democrático en las elecciones del 70 y del 74, los estudiantes y los profesores de la UASD llegaron a creer que la universidad podía funcionar como un sustituto de los partidos políticos y trataron por muchos años de llenar ese vacío propagando la noción de la excelencia de la democratización de la enseñanza y abriendo las puertas de la universidad a todo aquel que así lo solicitara. Con esto se buscaba, según me declaró en una ocasión un vicerector académico que era prominente miembro del movimiento renovador, "generar en forma acelerada una gran masa de proletarios intelectuales que al recibir una educación inadecuada e insuficiente, debido a las estrechísimas condiciones económicas de la universidad que impedían ofrecer una docencia adecuada, se vieran lanzados al mercado de trabajo al terminar sus estudios incapacitados de obtener un empleo y, en consecuencia, la frustración los llevaría a convertirse en verdaderos agentes revolucionarios". Yo nunca he sabido si los demás dirigentes del movimiento renovador compartían estas ideas o si ésta era una estrategia particular de unos cuantos dirigentes que gobernaron la universidad durante varios años, pero lo cierto es que el resultado de aquella política de democratización de la enseñanza generó una intensa serie de violentas pugnas con el gobierno dominicano durante doce años, al negarse éste a aumentar el presupuesto universitario hasta los niveles que los estudiantes, los profesores y las autoridades universitarias demandaban. Para nadie es un secreto que la UASD padeció entonces de un acelerado proceso de deterioro en su infraestructura física, de desorden institucional, de politización de su vida institucional y de empobrecimiento académico al abandonar la docencia muchos profesores que no resistieron el permanente estado de desorden y al ser sustituidos por activistas políticos de escasa formación académica y de dudosa reputación profesional.

La democratización de la enseñanza significó, por otra parte, importantes avances en la vida de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, pues todo el movimiento de crítica a la universidad trujillista implicó la toma de conciencia de que la universidad debería ser un instrumento de cuestionamiento de los males sociales y el compromiso político de la mayoría de los miembros de la comunidad universitaria se debía, en muchos de los casos, al intenso deseo de servir al país y de contribuir a resolver los problemas nacionales.

Como en todo fermento revolucionario, el proceso de renovación de la UASD tuvo de todo: grandes y nobles inspiraciones, inmensos sacrificios y abnegado espíritu de servicio por parte de muchas personas. Esto se reflejó en la creación de nuevas carreras. Me acuerdo de algunas de ellas, como la carrera de Sociología, Veterinaria, Economía, Agronomía e Idiomas, que se suponía que hacían una enorme falta y que contribuirían al desarrollo del país. La Universidad Autónoma de Santo Domingo logró incluso captar las tierras de una antigua finca de Héctor Trujillo y crear una escuela de Agronomía y Veterinaria en Engombe.

Ahora bien, tal como ha ocurrido con muchas universidades estatales latinoamericanas, durante los años de Balaguer la UASD funcionó más como centro para la acción política y como trampolín para la promoción de carreras políticas, que como un verdadero centro para la actividad científica y para el desenvolvimiento de la vida académica. Se podría explicar de muchas maneras y se podría justificar también de muchas maneras el porqué la UASD funcionó así entre 1966 y 1978, pero nadie puede negar que el descrédito la afectó de tal forma que en ella se inscribieron durante ese período aquellos estudiantes que no tenían con qué pagar sus estudios en las nuevas universidades privadas que estuvieron surgiendo en otras partes del país. Más tarde volveremos a hablar de la UASD a partir de 1978.

Ahora que hemos mencionado las universidades privadas, quiero que me permitan hacer algunas consideraciones acerca de ellas. Comencemos con la Universidad Católica Madre y Maestra, de la que muchos de nosotros hemos sido estudiantes y profesores, la cual vista hoy, a 20 años de distancia de su fundación, podemos asegurar que ha servido de modelo para muchos otros esfuerzos de modernización académica y de administración universitaria que se han llevado a cabo recientemente en el país.

Cuando la Universidad Católica Madre y Maestra se fundó, el grupo de directivos del sector privado que fue reclutado para que

ayudara a dirigir y administrar esa nueva institución, tuvo varias discusiones acerca de cuáles debían ser los fines y las funciones de la nueva institución académica. Recuerden ustedes que en 1962, año en que se funda esta universidad, estaban muy en boga los programas de la Alianza para el Progreso y las nuevas ideas acerca del desarrollo económico y social de América Latina, el cual debía ser llevado a cabo en forma pacífica y por la vía capitalista, a diferencia de las ideas que propugnaban los partidos de izquierda, inspirados por la revolución cubana, que creían que la solución de los problemas de América Latina solamente podrían tener lugar a través de la revolución armada y por la vía socialista. La UCMM nace inspirada en las ideas desarrollistas de aquel entonces. En más de una ocasión sus directivos han recordado que ellos quisieron construir una universidad no tradicional, con carreras no tradicionales que no se ofrecían en la universidad del Estado, destinadas a resolver problemas del desarrollo económico dominicano. Por eso la universidad comenzó con las carreras de Enfermería, Administración de Empresa, Economía y Educación, y como universidad privada que ha sido, sus directivos se han empeñado en mantenerla operando siempre con criterios de costo-eficiencia bajo el supuesto de que la educación es al mismo tiempo una inversión personal y una inversión social, que debe rendir beneficios cuantificables tanto al individuo como a la comunidad. La Universidad Católica Madre y Maestra pensó originalmente que su clientela iba a estar reducida a los estudiantes del Cibao solamente, pero su popularidad aumentó casi proporcionalmente en la misma medida en que se deterioraba la vida académica de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, durante la década del 60 y gran parte de los años 70.

El experimento académico de Santiago resultó ser tan novedoso que bien pronto logró el apoyo de amplios sectores sociales y el mismo gobierno de Héctor García Godoy, que entregó la Universidad Autónoma a los grupos izquierdistas que componían el movimiento renovador, pasó una Ley por medio de la cual se otorgaba a la Universidad Católica Madre y Maestra un subsidio para permitirle cubrir sus costos de operaciones y sostener su experimento institucional. El empeño de los directivos de la UCMM fue que ésta funcionara como un college, más o menos de la misma manera que funcionaban las universidades norteamericanas, y que los mismos criterios de administración, de organización, de selección de estudiantes, de evaluación académica, de

promoción y carreras docentes que se utilizaban en las universidades norteamericanas se utilizaran en la Universidad Católica.

Estas ideas prendieron rápidamente y la universidad logró reclutar, a finales de la década del 60, a un nutrido grupo de hombres y mujeres sumamente jóvenes, recién salidos de diversas universidades norteamericanas y de algunas universidades latinoamericanas y europeas, a donde habían ido a realizar estudios de post-grado. Muchos de los que están aquí presentes hoy recordarán el clima de entusiasmo, de optimismo y de creatividad que se apoderó de la comunidad académica universitaria en los años 1969 y 1970, cuando la Universidad Católica sufrió un intenso proceso de expansión y renovación de sus cuadros docentes al incorporar a todos aquellos jóvenes recién graduados que venían a repetir y a aplicar en Santiago todo lo que ellos habían visto en el extranjero. Un hecho que favorece enormemente el crecimiento de la Universidad Católica fue el haber logrado un primer préstamo para el desarrollo institucional de varios millones de dólares, otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo, con el cual la universidad tendría la oportunidad de construir el más moderno recinto universitario de las Antillas y de intensificar su programa de mejoramiento de profesores al tiempo que podría financiar un ambicioso programa de modernización institucional que comprendería los siguientes aspectos:

1. Selección de los estudiantes por medio de pruebas de aptitud, para hacer posible que la institución esté abierta a la capacidad, requisito necesario para el logro de la excelencia académica, logrando con ello un crecimiento controlado y haciendo posible que la Universidad ofrezca al país más calidad que cantidad de profesionales.
2. Profesorado de tiempo completo, en su gran mayoría especializado en el área de su docencia. Profesores profesionales, no profesionales profesores, como era la tradición.
3. Sistema de evaluación anual del profesorado y del personal administrativo.
4. Sistema de créditos académicos.
5. Sistema de semestres, en lugar de año como era la tradición

en el país. La Universidad ha venido ofreciendo dos semestres y una sesión de verano.

6. Sistema de índice académico o promedio de puntuación para determinar la permanencia o la separación de un estudiante en la Universidad.
7. La obligación de asistir por lo menos a un 80 por ciento de las horas de clase impartidas en cada asignatura.
8. La departamentalización académica para el logro de una mayor eficiencia en la utilización de los recursos humanos y de las instalaciones.
9. El ofrecimiento de un primer año común, o ciclo básico de los estudios generales, obligatorio para todos los estudiantes de nuevo ingreso.
10. Un calendario académico fijo, dividido en dos semestres: agosto-diciembre, enero-mayo; y una sesión de verano.
11. Pasantía obligatoria durante dos veranos, para todos los estudiantes, en aquellas carreras que necesitan alguna experiencia práctica.
12. Programa de crédito educativo, de su propio presupuesto, para todos aquellos estudiantes que carecen de recursos económicos para hacer una carrera universitaria. Más de un 40 por ciento del estudiantado se beneficia de alguna manera de este programa de préstamos estudiantiles.
13. El sistema de prematrícula, que ayuda a la eficiencia de la administración docente y permite una adecuada planificación para la utilización del personal docente y de las instalaciones, aparte de que disciplina al estudiante en la planificación personal de la utilización de su tiempo para una más pronta terminación de su carrera universitaria, de conformidad con su capacidad.
14. La implantación de un sistema financiero-contable utilizando criterios de contabilidad y control de presupuesto

aplicables a las instituciones no lucrativas y particularmente a las universidades.

15. Sistema computarizado para el manejo de la información de los estudiantes, desde su solicitud de ingreso a la Universidad, hasta la terminación de su carrera.
16. Computarización de la organización administrativo-financiera en los aspectos de norma y control presupuestario, cuentas por pagar y por cobrar, inventario actualizado de los bienes que constituyen el patrimonio de la Universidad.
17. Ofrecimiento de programas en Ciencias de la Computación, especialmente para los estudiantes de Ingeniería y en programas de carreras cortas para contadores y administradores.

Yo recuerdo que el año crítico en toda esta evolución de la UCMM fue el año de 1970. Entonces se realizó una reunión en el Hotel Montaña, muy parecida a esta que realizamos hoy en el INTEC, y yo acababa de ser nombrado Director de la Biblioteca, y aquella era mi primera experiencia con la alta administración universitaria en la cual participaba un pequeño pero extraordinario grupo de sus más inteligentes profesores. Pronto se me hizo evidente que había una misma concepción universitaria, pero había dos grupos de opiniones perfectamente diferentes y contradictorias de cómo debía ser administrada la universidad. Durante unos 6 meses esas contradicciones se fueron agravando e hicieron crisis en marzo de 1971 en ocasión de una crisis estudiantil provocada por incidentes que habían tenido lugar en la UASD y que no tenían nada que ver con la vida interna de la UCMM. No hubo forma de conciliar ambas concepciones y el resultado de la crisis fue la expulsión de un gran número de estudiantes que habían estado reclamando su participación en el co-gobierno de la universidad, al estilo de la UASD, y la expulsión también de un selecto grupo de profesores que apoyaron a los estudiantes durante la crisis y se opusieron activamente a la política académica seguida por las autoridades universitarias. Hablar de eso hoy, a más de 12 años de distancia, puede ser que remueva viejas heridas, pero yo me sentiría feliz si esta remembranza sirviera para que recordáramos que esa crisis fue lo que dio lugar a la fundación del INTEC, porque estos profesores que salieron de la

Universidad Católica, con su propia concepción de la universidad, que no se diferenciaba filosóficamente de la que prevalecía y todavía prevalece en la Universidad Católica Madre y Maestra, esos profesores, repito, se mantuvieron unidos y al venir a la Capital decidieron fundar el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, del cual hablaremos un poco más adelante.

La Universidad Católica pasó por dos o tres años de profunda depresión. Las condiciones políticas de aquel entonces hacían creer a muchos que una universidad debería estar al servicio de los partidos políticos y que los estudiantes debían ser co-responsables en la gestión administrativa y de planificación universitaria. En todo momento la Universidad Católica Madre y Maestra se resistió a poner en marcha un programa de democratización de la enseñanza en el sentido en que la UASD lo había implementado y las autoridades y profesores que tuvieron a su cargo la administración de la Universidad durante la década del 70 cada vez con más claridad lograron precisar sus ideas en torno al concepto de que una universidad es ante todo una empresa de servicios académicos que debe maximizar su rendimiento a través de una administración orientada hacia la productividad y hacia la calidad de la enseñanza. La noción original de que la universidad debe ser una universidad para el desarrollo y el feliz suceso de haber obtenido un préstamo del BID para financiar sus operaciones de crecimiento durante unos 6 ó 7 años, contribuyeron a reforzar la práctica de la planificación y del crecimiento controlado y los criterios de optimización en el uso de los recursos que, como todos sabemos, siempre han sido muy escasos para la educación superior.

Es importante tener en cuenta que toda esta evolución ha tenido lugar concomitantemente con un proceso global de modernización de la República Dominicana. En los últimos veinte años el país se ha transformado sustancialmente y hemos pasado de una sociedad rural a una sociedad urbana con una dinámica clase media y con un diez por ciento de la población viviendo en el exterior y viajando intensamente y retornando a su lugar de origen trayendo consigo rasgos y elementos modernos de sociedades más avanzadas, particularmente de los Estados Unidos. En estos veinte años el Estado se ha sobredimensionado, se ha reorganizado y la cultura política se ha democratizado. Han surgido miles de organizaciones privadas y grupos de interés y de presión, con lo cual la sociedad como un todo se ha institucionalizado extraordinariamente. La vida política ha ido perdiendo sus viejos

contenidos caudillistas y ha evolucionado consistentemente hacia la institucionalización de un sistema de partidos que participan en elecciones periódicas cada cuatro años. En el curso de estos veinte años, también, han salido fuera del país a realizar estudios en el exterior alrededor de 10,000 dominicanos, la mayoría de los cuales ha regresado no sólo habiendo aprendido teorías, métodos y técnicas en sus respectivas disciplinas, sino también habiendo experimentado diversos sistemas de vida universitaria. Una buena parte de los profesionales que han regresado han pasado, en una forma o en otra, por nuestras universidades y se han incorporado también al proceso de modernización de nuestras principales instituciones educativas. Poco a poco ha ido surgiendo una nueva conciencia universitaria en el país, basada en la excelencia académica y en la promoción de valores sociales y humanos propios de una sociedad que cambia día tras día y que se ve obligada a enfrentar el reto de su desarrollo en un plano de convivencia democrática.

Desde 1973 en adelante, fecha en que se creó el Centro de Estudios Dominicanos, las universidades empezaron a descubrir que debían poner atención a la investigación y a los problemas dominicanos. Hasta este momento la investigación era apenas un decir en el seno de las universidades y apenas se limitaba, como hemos dicho, a la simulación de una búsqueda científica en los casos en que los estudiantes tenían que escribir su tesis para cumplir con sus requisitos de graduación. Durante la década pasada proliferaron en el seno de las principales universidades los "centros de investigación" estimulados por un intenso deseo nacional y generacional de comprender mejor la realidad dominicana, de explicarla y de ayudar a transformarla. La bonanza económica de mediados de la década favorecida por la coyuntura y altos precios internacionales, por un lado, y la existencia de un gobierno que puso en marcha una enorme cantidad de programas de desarrollo sin tener en cuenta las opiniones de técnicos y académicos, movieron a muchos universitarios a reclamar mayor atención para la investigación de los problemas nacionales en el seno de las universidades. Surgieron carreras nuevas para atender a las nuevas necesidades de una sociedad en transición hacia la modernidad pero agravada por enormes problemas económicos y sociales. Se crearon nuevas carreras en las ingenierías y ciencias sociales y se abrieron numerosas carreras técnicas para atender a las demandas de una población en crecimiento deseosa de acceder a la educación superior.

El INTEC no estuvo ajeno a todo este proceso y éste ha sido el contexto en el cual ha tenido que desarrollar sus actividades. El INTEC surge, como hemos dicho, de la crisis de la UCMM que tuvo lugar en marzo de 1971 como resultado del enfrentamiento, yo creo, de dos concepciones diferentes acerca del manejo interno de la universidad y acerca del papel que deberían jugar los estudiantes y egresados en el gobierno universitario. Los fundadores y administradores del INTEC han logrado crear en los últimos diez años un nuevo modelo de gestión administrativa basado en el corporativismo académico y en la discusión comunitaria de los problemas y planes de la universidad. No puedo hacer la historia del INTEC con la perfección con que la ha contado Rafael Marión-Landais en su libro, *INTEC: Primera Década (1972-1982)*, pero sí puedo decir que la superación de todas las crisis por las que esta institución ha pasado durante los últimos diez años, se ha debido sobre todo a la inextinguible fe de sus componentes de que era posible y viable la existencia de una universidad moderna con fuerte énfasis en las ingenierías, en los estudios aplicados y en las tecnologías, en una sociedad cuya planta industrial apenas comenzaba a modernizarse. INTEC ha seguido su propio patrón en más de un sentido, pues ha hecho sus propias innovaciones en su empeño de sostener la vigencia del principio de que es posible “producir una sana participación profesional y estudiantil en las decisiones de la institución”.

Ahora bien, el INTEC ha crecido en una década en que los estudiantes parecen haber aprendido que el activismo revolucionario y las movilizaciones políticas terminan perjudicando la realización de sus carreras y “las veces que las autoridades han promovido esta participación, los resultados han sido desalentadores por falta de respuesta. Posiblemente el acelerado ritmo de estudios desaliente la dedicación de tiempo a estos menesteres por parte de educandos y profesores. La participación es tarea pendiente en la institución”.

Las rectorías de Rafael Corominas y de Eduardo Latorre han tenido por resultado visible la rápida institucionalización del INTEC y la organización de la acción académica conforme a líneas más realistas de las que se presentaron cuando el INTEC fue creado. Recuerden ustedes que cuando el INTEC se fundó se pensaba que comenzaría como una escuela de estudios graduados, pero la realidad y la demanda de servicios educativos de la sociedad dominicana lo han obligado a que la mayor parte de las carreras que se ofrezcan sean a nivel de la licenciatura. Un área en que el

INTEC ha tenido notable éxito es en la preparación de cursos de ciclos cortos a través de su Departamento de Educación Permanente y yo creo que éste es uno de los campos que mayores posibilidades tiene para la expansión futura y para el logro de ingresos adicionales para la institución. En vista de las enormes deficiencias de la escuela secundaria y en vista, también, de la rápida movilidad vertical de la sociedad dominicana, hay decenas de miles de personas promovidas social, económica y políticamente por el reciente proceso de democratización, modernización y desarrollo que esperan y que demandan diversos tipos de entrenamiento que sólo un modelo de universidad flexible como es el INTEC puede ofrecer rápidamente. La UCMM inició, a mediados de los años 70, las llamadas carreras para la formación de técnicos medios y produjo una gran innovación en ese área. INTEC ha sostenido y puede expandir con gran éxito los llamados cursos o programas de entrenamiento de ciclo corto.

El proyecto de consolidación y expansión académica del INTEC, financiado con recursos del Banco Interamericano de Desarrollo, hará por esta institución lo que el primer préstamo del BID hizo por la UCMM: le permitirá construir sus facilidades físicas y desarrollar su campus y le permitirá financiar la fase de consolidación institucional que otorgará al INTEC finalmente una fisonomía académica definitiva. El INTEC tiene ante sí varios retos, creo yo. Hace poco se comprometió a especializar, en un plazo no mayor de tres años, el diez por ciento de su presupuesto para fines de investigación. Esto, en el mundo académico dominicano, es revolucionario porque nunca los presupuestos de investigación de nuestras universidades han pasado del uno por ciento. Ello abre las puertas para que el INTEC deje de ser una institución repetidora de conocimientos producidos por otras sociedades para ser ella misma un centro productor de conocimientos nuevos. En esencia, lo que le da carácter definitivo a una universidad es su capacidad de producir conocimientos nuevos, de hacer avances a la ciencia a través de la investigación y de ser capaz de transmitir pedagógicamente estos nuevos conocimientos a sus estudiantes.

En este sentido, el INTEC es pionero en la toma de esta decisión y probablemente sus pasos tengan que ser seguidos por las demás universidades del país si es que no quieren quedarse atrás. Ahora bien, es muy difícil que las demás universidades orienten tantos recursos a la investigación porque hasta ahora el mayor lastre de la universidad dominicana ha sido el de haberse cons-

tituido y haber permanecido como una institución puramente docente. Las justificaciones que se dan son muchas, siendo entre ellas la más importante el que hay demanda para la docencia, por un lado, y el que no hay fondos para la investigación, por el otro.

El crecimiento demográfico y la expansión económica han sido tan rápidos en los últimos 15 años, que han producido una verdadera explosión en la demanda de servicios educativos a nivel superior. La UASD trató de satisfacer esta demanda abriendo sus puertas prácticamente sin limitaciones, pero con un presupuesto sumamente estrecho y el resultado en 1978 era el de un deterioro visible de la calidad académica. En vista de que tanto la UNPHU, como la UCMM, como el INTEC habían optado por una política de crecimiento controlado y cupo limitado, muy pronto se hizo evidente que todavía quedaba espacio para que nuevas instituciones ofertaran y vendieran servicios educativos a los miles de bachilleres que la escuela secundaria ha estado produciendo cada año. He hablado en otras partes acerca de la llamada proliferación de nuevas universidades y del negocio de la venta de servicios supuestamente de nivel superior y por ello no voy a entrar en detalles en esta ocasión. Lo que sí quiero enfatizar es que la proliferación de universidades que ofrecen cursos y carreras con pocas exigencias académicas a todos los que puedan pagar por ellos, conjugada con el poco nivel académico de los graduados en la universidad estatal, han terminado produciendo una caída en el standard académico dominicano y han fijado niveles de calidad inferiores que han terminado siendo aceptados como normales por una población inadecuada y sedienta de obtener instrumentos que le permitan manejar mejor la realidad material y al mismo tiempo que le otorguen el prestigio social que ofrece la adquisición de un título universitario. Esta situación también contribuye a mantener vigentes los viejos vicios de la universidad tradicional dominicana agravados hoy por el relajamiento de las normas académicas y por la confusión de los principios institucionales. Hay llamadas universidades que dicen ofrecer educación superior cuando en realidad lo que están vendiendo son certificados de promoción de cursos y títulos o diplomas a los que han tenido un mínimo de paciencia y de dinero para pagar por ellos. No pienso entrar en el tema de las escuelas de medicina para extranjeros porque no es asunto para ser discutido en este seminario. Concluyendo este punto, quiero decir que en vista de que ya hay tantas instituciones que dicen ser universidades y que ofrecen una docencia y unos títulos de licenciatura legalmente

equivalentes a los del INTEC, de la UCMM, de la UASD, de la UNPHU y del IES, la única manera que tendrán las universidades que quieran escapar a la mediocridad académica prevaleciente es la aplicación y mantenimiento de una política de exigencia académica y de énfasis en las investigaciones en el sentido en que el INTEC y la UCMM lo han hecho.

Me hubiera gustado tener tiempo para conversar acerca de la UNPHU, del IES y de la UCE, que son experiencias que completan el cuadro de la evolución de la universidad dominicana en los últimos veinte años que comencé a describir al principio de estas páginas. Yo creo que es mejor que termine aquí estos comentarios, porque lo que nos trae hoy a esta reunión es la discusión acerca del INTEC y su futuro, además de que he estado hablando demasiado tiempo y no quiero entrar en el estudio de otros casos para evitar distraer la atención de ustedes del tema que hoy nos ocupa.